

ANTONIO RUIZ DE ELVIRA PRIETO. NOTICIA NECROLÓGICA

MARÍA ROSA RUIZ DE ELVIRA SERRA
I.E.S. C. Herrera Oria de Madrid.

Antonio Ruiz de Elvira Prieto, mi padre, catedrático de Filología Latina de la Universidad Complutense de Madrid, falleció el 22 de mayo de 2008.

Había desempeñado su cátedra hasta el 30 de septiembre de 1989. Tras esa fecha empezó un período de investigación productiva más fértil de lo que habían sido los últimos años en la Facultad de Filología. De 1975 a 1981 estuvo ocupado con el decanato, en unos años de muchísimos cambios en la sociedad española. No se recuperó fácilmente de los años dedicados a la administración, que, desde mi punto de vista, son un tanto esterilizantes para la tarea investigadora. Y después, en 1985, sobrevino la enfermedad y muerte de mi madre, Visitación Serra Irueste, licenciada en Filología Románica, de lo cual quedó muy afectado y deprimido interiormente por el inmenso vacío que le dejó la ausencia de su inteligente bondad.

El artículo que publicó el año de su jubilación, "*Sic vos non vobis*", fue una respuesta a una pregunta mía. Yo le había oído decir muchas veces que esa anécdota de la *Vita Donatiana* de Virgilio había sido atetizada sin razón. Le pedí que me lo escribiera pues quería que mis alumnos lo aprendieran, del mismo modo que él hacía que sus alumnos lo aprendiéramos. Lo escribió y luego lo publicó. Igualmente otros artículos suyos proceden de las consultas que yo le hacía respecto a algo que yo tenía que explicar en clase o cuando estaba preparando *Los dioses del Olimpo* con el Grupo Tempe (1998): "Ifigenia" (1989), "Laodamía y Protesilao" (1991), "Hipocampos" (1992), "Jacinto" (1992), "Palomas de Venus y cisnes de Venus" (1994), "S.P.Q.R." (1995), "La balanza de la Justicia" (1997), "Anécdotas de los pintores griegos" (1999), "*Gaudeamus*" (1999), "La educación de Cupido" (1999), "Pitón, trípode, *cortina*" (1999), "Pitonisa" (1999). Era muy característico de esta etapa de su vida que cualquiera de nosotros, hijos, amigos o discípulos, le hiciéramos una consulta sobre algo que los textos, o los manuales, o la tradición dejaban en la nebulosa, y que él se pusiera a investigar y a tirar del hilo (con frecuencia quedándose sin comer en la Biblioteca Nacional, para que así le cundiera más) y que luego te diera 50 folios con su letra grande con toda la explicación y todos los datos en los que se basaba.

Ya jubilado, en los años 91 y 92, discípulos suyos de Madrid, Vicente Cristóbal, Mari Cruz García Fuentes, Amelia de Paz, M^a Dolores Lozano, le

pidieron que celebrara unas reuniones filológicas para poder disfrutar de su erudición. Tuvieron lugar, en el Ateneo unas veces, otras en su casa, o en casa de alguno de sus discípulos. Mi padre hacía un guión de la reunión y preparaba una carpeta de fotocopias para cada uno de nosotros acerca de los temas que se iban a tratar. Porque no era un tema, sino al menos diez los que en esas reuniones se trataban.

Él nos inculcó a los que fuimos sus alumnos ese amor por la precisión filológica, por el trabajo bien hecho, basado en datos científicos, objetivos, comprobados. Le gustaba adentrarse en temas que la tradición había repetido de forma rutinaria, para descubrir, a veces, que no tenían una base científica, como por ejemplo la errónea atribución a Ausonio del *Collige, virgo, rosas*, en realidad en los manuscritos de la *Appendix Vergiliana*.

Entre sus libros, la *Mitología clásica* (primera edición de 1975) es el punto de consulta obligado para todo aquel que quiera tener una información completa y fiable. Fue la recopilación del trabajo de más de veinte años sobre literatura griega y latina y, por ende, sobre mitología, permanentemente presente en ambas. Los más de veinte mil textos que se citan en él fueron manejados y comprobados por mi padre de primera mano, jamás se conformó con una cita de segunda o tercera mano. Esa forma de trabajar ralentizaba mucho la producción a la hora de publicar y quizá le hizo tener menos publicaciones que otros coetáneos suyos. Sin embargo todos sabemos que lo que está en su libro es seguro y fiable, que no hay que buscar en otro sitio.

Discípulos suyos como Juan Gil Fernández, Francisca Moya del Baño, M^a Emilia Martínez Fresneda, María Cruz García Fuentes, Francisco Calero, Rosa María Iglesias, M^a Dolores Gallardo, M^a Dolores Lozano, M^a Consuelo Álvarez, Rosa M^a Agudo, Vicente Cristóbal, Almudena Zapata, Ernesto Trilla, Emilio del Río, Ángel Escobar y Amelia de Paz, la mayoría de universidad, algunos de instituto, y seguramente tantos otros alumnos suyos no nombrados han seguido las líneas de sus enseñanzas, con desarrollo muy fructífero posterior cada uno en sus aportaciones.

Con frecuencia mis alumnos me dicen que por qué sé yo tanto de mitología, que eso no se estudia en los manuales. Yo les contesto que mi padre, cuando yo era pequeña, me contaba el cuento de Cupido y Psique antes que otros, o cualquier mito de las *Metamorfosis* de Ovidio. Un catedrático de latín que estaba en el tribunal de mi memoria de licenciatura me llegó a preguntar si yo creía en el cambio del curso del sol que, según los textos, se produjo como consecuencia del infanticidio cometido por Atreo en los hijos de Tiestes. Y es que mi familiaridad con la mitología era tal que, al hablar de ella, parecía que yo cenaba todos los días con los dioses del Olimpo.

Mi padre nos dio clase a mí y a mi marido, Emilio Crespo Güemes, catedrático de Filología Griega de la Universidad Autónoma de Madrid, en 3º de *Mitología Clásica*, en 4º de *Textos Latinos* y de *Literatura Latina*, y en 5º de *Textos Latinos*. Emilio, dedicado al principio prioritariamente a la lingüística, siempre tuvo en consideración sus enseñanzas. Mi padre, por su parte, siempre leyó y valoró sus publicaciones. Siempre hubo entre ambos respeto y concordia.

La etapa creativa de su vida profesional como catedrático de Filología Latina comenzó en Murcia en 1958. El estilo empleado durante esa etapa en las publicaciones de la revista de la universidad (*A.N.U.M.*) era más cercano al lector que el que empleó después. Hacía afirmaciones y llevaba al lector de la mano mostrándole los datos. En la última etapa de su vida sólo se interesaba por presentar los datos de la forma más nuda posible, para que el lector sacara sus conclusiones. Mis hijos y yo se lo hacíamos ver cariñosamente. Le decíamos que si adoptaba un estilo más sencillo de leer conseguiría su propósito, que es que lo leyeran. Él reaccionaba de forma un poco orgullosa, pues le parecía que cambiar su forma de escribir era una concesión a lo pedagógico, a lo simple, y que una publicación científica no tenía por qué pagar ese tributo.

Bajo el nombre de "Producción bibliográfica de D. Antonio Ruiz de Elvira" se incluye la recopilación de los títulos de sus obras, publicada, junto con la "Autobiografía sumaria" y la "Entrevista", en el número extraordinario de 2001 de la revista científica *Cuadernos de filología clásica, Estudios Latinos. Antonio Ruiz de Elvira, Estudios mitográficos reunidos en homenaje al autor por sus discípulos*, editores V. Cristóbal, M^a D. Gallardo, M^a C. García Fuentes, A. Zapata, D. Castro. Posteriormente salieron publicados los artículos "Clitumno y sus blancos ganados" (*CFC-Elat.*, 19, 2000), "Dos notas críticas a Propercio" (*CFC-Elat.*, 20, 2001), "Dos nuevas notas a Propercio" (*CFC-Elat.*, 21, 2001), "Dánae casta en Propercio" (*CFC-Elat.*, 22, 2002), "Albo lapillo" (*CFC-Elat.*, 23, 2003) y "La muerte de Eurídice: sobre el hidros, el quersidro y el quelidro" (*CFC-Elat.*, 24, 2004). En 2001 se publicaron en Cátedra las *Elegías* de Propercio, en edición bilingüe, de la que mi padre es coautor con Francisca Moya del Baño, y en 2003 la edición bilingüe de *Hero y Leandro* de Museo, de la colección Alma Mater, en el C.S.I.C.

En 2004 empezó a preparar, también para la colección Alma Mater del C.S.I.C., la edición bilingüe de varias tragedias de Séneca, cuya traducción tenía hecha desde hacía años. Recuerdo que mi marido y yo estábamos ese año de sabático en Oxford. Una noche en que estaba cenando en casa Harm Pinkster, llamó mi padre para preguntarme que si yo sabía dónde tenía él las traducciones que él había hecho de Séneca, cosa que, naturalmente, dejó bastante sorprendido a Pinkster. En cuanto llegué a Madrid (solíamos venir con frecuencia gracias a los vuelos económicos), encontré las traducciones en su despacho en tres minutos. Mi

padre se puso con ahínco a preparar el texto latino. Durante años venía a mi casa a pasar sus artículos a ordenador, pues él no llegó a comprarse ninguno. Él había aprendido muy bien cómo poner cursiva, negrita, subrayado y el griego, con el programa word. Pero si sufría algún percance informático nos llamaba a cualquiera de los que estuviéramos en ese momento en casa para que le ayudáramos, bien a recuperar párrafos enteros que sin saber por qué había perdido, bien a hacer copias de seguridad para ponerse a salvo de los indeseados accidentes informáticos. En 2005, estando en la tarea de preparar la edición de Séneca, le sorprendió la enfermedad (fracaso renal, cardíaco y pulmonar, probablemente como consecuencia del mal funcionamiento del tiroides), y aunque en los períodos en que no estuvo ingresado intentó avanzar en ella, ya no le fue posible culminarla.

Como profesor fue un modelo para los que después hemos sido profesores de instituto o de universidad: no faltaba jamás. Era extraordinariamente puntual y daba la hora entera, sin concesiones al cansancio, simulado o real, de los alumnos, ni a las características de la estación del año, ni a que fuera principio o final de trimestre. Pasaba lista, en una época en la que hacerlo era considerado como propio de derechas. Esa forma de actuar fue siempre para mí un modelo de rectitud y de honradez profesional. Hasta la etapa final de su carrera docente fue extraordinariamente estricto corrigiendo, por coherencia con aquello que le había dicho su padre cuando sacó la cátedra: "No importa dónde se esté. Lo importante es hacer bien el trabajo que uno tiene que hacer". Por tanto, si daba buenas clases lo coherente era exigir calidad en los exámenes de sus alumnos. Pero después cambió en esta segunda exigencia. Él se seguía exigiendo a sí mismo dar buenas clases, pero era mucho menos estricto con los fallos de los alumnos.

Mi hermano Antonio, catedrático de Física Aplicada de la Universidad de Alcalá de Henares, dice que mi padre le enseñó la base de la ciencia: que en la ciencia sólo sirven los datos contrastados, que teorías se pueden hacer infinitas, pero que sólo son válidas aquellas que coinciden con lo que vemos, leemos o medimos. Dice que mi padre le enseñó a amar la belleza y que la ciencia no es más que la búsqueda de la belleza en lo que nos rodea, en lo que está hecho.

Aunque las ideas políticas de mi hermano Manuel, bibliotecario y subdirector de la Biblioteca de la Universidad Complutense, nunca coincidieron con las de mi padre, no por eso dejó éste de ayudarle cuando estuvo perseguido en los años del franquismo por su actividad política. Años después, mi hermano le pidió que tradujera una inscripción para la Biblioteca Histórica. Todo lo que le pedíamos de su competencia profesional mi padre se lanzaba a hacerlo sin pedirte nada a cambio, con toda su pasión, y en un tiempo récord. Hoy tenemos la satisfacción de que figura su nombre, como traductor de la inscripción de la

biblioteca de San Isidoro, en la placa que está en el edificio de la Biblioteca Histórica de la U.C.M.

A mi padre le gustaba mucho la sierra madrileña. Entre los pinos de Valsaín, cercanos al campamento del Robledo, en donde hizo la milicia universitaria, solía escribir a su entonces novia, mi madre. Y conservó siempre ese gusto por esos parajes, a los que él llamaba "la Arcadia feliz". Allí nos llevaba con mucha frecuencia de pequeños, así como a la Fuenfría, Collado Mediano, Siete Picos y Peñalara. Esa faceta de amante de la naturaleza es la que sobre todo recuerda de él mi hermana Isabel, bibliotecaria y subdirectora adjunta de la Promoción del Libro y la Lectura. Desde muy niños aprendimos ese respeto a la naturaleza: nunca nos permitió dejar la más mínima basura ni hacer nunca fuego en el campo. La afición de mi padre por la sierra hizo que nos llevara a hacer excursiones a muchos otros bellísimos lugares de España: el valle de Ordesa en los Pirineos, los Picos de Europa en Asturias, la sierra de los Ancares en Lugo, la Laguna Negra en Soria, Sierra Nevada, y, por supuesto, el tiempo que vivimos en Murcia, la Cresta del Gallo y el paisaje lunar que se divisaba al otro lado, a donde solíamos subir muy a menudo. Después de esas excursiones, ya en casa, se estudiaba a fondo lo que sobre esos parajes decía la *Geografía de España* de D. Leonardo Martín Echeverría.

Nos inculcó su afición por la música como gran melómano que era. Hay dos obras que mi padre ponía muchas veces cuando éramos pequeños en aquellos discos tan frágiles anteriores a los de vinilo: el *Mesías* de Händel y el *Don Juan* de Mozart. Hoy día son las obras que puedo oír siempre sin cansarme. Mi hermana Isabel fue la única que heredó el oído de mi padre y que estudió música como él.

Hace años mi padre me pidió que fotografiara la dedicatoria que le había escrito Luis Gil Fernández en la edición del *Menón* de Platón que le regaló hacia 1953. A él le gustaba mucho y me pidió que la pusiera en un marco junto con la traducción, hecha por mi padre, al lado:

Magnae spei viro
Antonio Ruiz de Elvira
humanitate scientiaque praestantissimo
hunc Platonicum libellum Oxonienses
apud bibliopolas inventum
tanquam optimum amicitiae pignus
amicus eius Luis Gil D.D.
ἔδοξε γὰρ μοι τὸ βιβλίον ὡς περ
φωνήν τινα ἔχον· ἢ μὲν καλῶς
πέισομαι", φάναι, "παρὰ φιλόσοφόν τε

A Antonio Ruiz de Elvira
un hombre que es una gran esperanza,
extraordinariamente sobresaliente por
su humanidad y su ciencia
este librito de Platón, encontrado
rebuscando
entre los libreros de Oxford,
como la mejor prenda de amistad
su amigo Luis Gil se lo da y dedica.
Me pareció en verdad que el libro,

καὶ φιλόκαλον ἄνδρα ἀφικόμενος"

como si tuviera voz, decía "qué bien lo voy a pasar, al llegar a poder de un hombre amante tanto de la sabiduría como de la belleza".

Vicente Cristóbal le preguntó en la "Entrevista" publicada en el *Boletín de la Delegación de Madrid de la SEEC* 16 (diciembre de 1991) cómo definiría él al buen profesor. Mi padre contestó que "el buen profesor es el que es capaz de hacer más fácil y ameno el camino a quien sería capaz de recorrerlo por sí solo". Y conforme pasan los años, en mi tarea de catedrática de instituto, cada vez me doy más cuenta de la verdad de esa afirmación, y me sirve para no desesperarme cuando a pesar de todos los nuevos métodos motivadores de la LOGSE y de la LOE fracasamos en la enseñanza de algunos alumnos y para animarme cuando otros alumnos siguen estudiando y consultándonos en su camino de formación después de haber dejado nuestras clases.

Mi padre mantuvo sus ideas y creencias hasta muy pocos meses antes de morir: la vida y la libertad, el amor a la justicia, a la belleza, a la verdad. Muy al final, su voluntad fue terriblemente minada por la enfermedad, y, dado que él había tenido siempre una salud de hierro, contra eso no estaba acostumbrado a luchar.